

cia del pecado, sino en la comunicacion de un bien inmenso y positivo, de una felicidad eterna, que nos pone en la omnimoda posesion de la gloria; y bajo este respecto es *Glorificador*.

372. La creacion es un dogma que la razon demuestra y la revelacion manifiesta: lo primero se ha probado ya cuando hablamos de la existencia de Dios; lo segundo consta de la Santa Escritura. La creacion comprende á los ángeles, objeto exclusivo de la Teología dogmática; á los cuerpos, objeto de las ciencias naturales, y al hombre, objeto comun y único de que aquí tratamos.

373. La creacion relativamente al hombre, contiene tres verdades históricas de la primera magnitud: su inocencia primitiva, el pecado original y la redencion: verdades que damos por supuestas.

374. Supuesto el pecado original, el hombre era incapaz por sí de reincorporarse en la gracia y marchar á su fin. Necesitaba para lo primero, ser perdonado; para lo segundo, ser glorificado. Pero la gracia y la gloria son una propiedad esclusiva de Dios. Dios pues se ha dignado comunicarla por medio de la redencion. Infiérese de lo dicho que Dios es igualmente *Salvador* y *Glorificador*.

CAPITULO II.

DE LA DIVINIDAD CONSIDERADA COMO OBJETO DE LA ESPERANZA.

375. El hombre necesita dos cosas en el órden de su esperanza: primera, la promesa infalible de un bien supremo: segunda, la dispensacion de la gracia necesaria y suficiente para merecerle y alcanzarle. Mas como solo Dios posee este bien, solo él puede prometerle infaliblemente, solo él

dispensar esta gracia: porque un bien infinito no puede conseguirse por medios limitados; y todo lo que no es Dios, es limitado. Infiérese por tanto de lo expuesto, que en Dios se encuentra la felicidad, la promesa infalible de esta felicidad, la gracia, propia para tocar á esta felicidad, y por consiguiente, que Dios es el bien que se espera y la fuente de la gracia, que unida con la naturaleza, puede conseguir este bien. Bajo este respecto consideraremos á la Divinidad como objeto de la esperanza.

CAPITULO III.

DE DIOS COMO OBJETO DE LA CARIDAD.

376. Hablar de Dios como objeto de la caridad, es considerar aquellos atributos divinos que por su naturaleza tienden á excitar, sostener y elevar en nuestras almas todos aquellos sentimientos purísimos que en sí contiene y encierra el amor que debemos tener á Dios sobre todas las cosas. Aunque este ser, á causa de la infinita perfeccion de su esencia, reúne todos los atributos imaginables, sin embargo, no todos estos nos afectan de la misma manera: su sabiduría nos admira, su poder nos abisma, su justicia nos hace temblar, &c., &c.; pero ninguno de estos sentimientos es el *amor*. El amor es una cosa suave y difusiva aun en su misma intensidad, un sentimiento dulce, aun en su mayor elevacion; un poder á par irresistible que delicioso, el cual nos impele de continuo hácia el objeto de estas afecciones. Es pues necesario recordar, que hai en Dios unos atributos propios para colocar al espíritu en este estado tan feliz; y estos atributos están comprendidos todos en la nocion perfecta de la bondad. Cuando el hombre recor-

re la historia secreta de su felicidad, cuando reconoce y admira en sí mismo y en cuanto le rodea, en lo pasado y en lo presente, aquella maravillosa economía con que Dios ha dispuesto todas las cosas para su bien; cuando se convence de que no puede dar un solo paso en la vida sin ofrecer á Dios un especial tributo de reconocimiento; cuando se siente dulcemente estrechado á subir á los cielos, para descubrir la fuente del ser que posee, de la vida que disfruta, del pan que le sustenta, del vestido que le cubre, de la verdad que le ilustra, del poder que le sostiene, de la esperanza que le anima; cuando á la vista de Dios va perdiendo el interés de todos los objetos criados, y sintiendo disminuirse hasta el terror de la muerte, porque la mira, y con razón, como la cuna de otra vida, y de una vida eternamente feliz; entónces, decimos, sentimientos de otro orden se apoderan dulcemente de él: un impulso misterioso le dirige constantemente al Autor de su ser: admira y desea su bondad intrínseca; retira de sí cuanto puede apartarle de este santo pensamiento; busca y encuentra donde quiera su objeto predilecto; ama en fin; y este amor le hace progresar incesantemente en la vasta y sublime carrera de la felicidad. Dios es pues objeto de la caridad, por su bondad absoluta y relativa, esto es, por lo que es en sí mismo y por lo que es para los otros; porque es el bien por esencia, y es al mismo tiempo nuestro bien; porque es eternamente feliz en la posesion de su bondad, y nos ha prometido asociarnos para siempre á esta felicidad, comunicándonos el goce de su perfeccion infinita. Resulta de lo expuesto, que Dios es objeto de la caridad, primero, porque es bueno en sí mismo; segundo, porque es bueno para nosotros.

CAPITULO IV.

DE JESUCRISTO COMO OBJETO DE NUESTRO CULTO.

377. Cuando expusimos el dogma de la creacion, enumeramos tres hechos históricos, considerándolos como la clave de todos los conocimientos que abraza el orden moral, esto es, la gran ciencia del hombre y de la sociedad. Estos tres hechos son la inocencia primitiva del hombre, el pecado original y la redencion. Sin estos tres hechos, ó con la supresion de cualquiera de ellos, todos los grandes fenómenos morales, todos los acontecimientos históricos, todas las grandes revoluciones filosóficas que tantas veces han cambiado el aspecto del mundo en la vasta carrera de los siglos, podrán servir de ejercicio á nuestra razon, para formar algunas conjeturas; pero nunca venir á colocarse bajo el pleno poder de la inteligencia en un orden sistemado, donde guarden su respectiva armonía, inspiren toda la seguridad conveniente y produzcan los resultados felices que hacen esperar los principios, las consecuencias, y las aplicaciones de los dogmas á las máximas, de estas á las leyes, de las leyes á las costumbres, de las costumbres á la conducta y de la conducta á la felicidad. Salirse de la influencia de estos tres hechos históricos, es abandonar los grandes pensamientos de la ciencia y desdeñar con orgullo ese poder tutelar que ejerce un absoluto y exclusivo dominio sobre la esperanza. Nuestras convicciones en este punto son tan irresistibles y profundas, que bajo ningun aspecto prescindiríamos de ellas. Por otra parte, despues de haber probado la autenticidad, verdad é integridad de los libros en que tales hechos están consignados, hemos adquirido el derecho de discurrir sobre ellos, como sobre una cosa enteramente demostrada.

378. A estos tres hechos corresponden en el mundo tres épocas históricas: la primera está comprendida en el brevísimo periodo que permaneció el hombre en el estado de inocencia; la segunda abraza todos los cuarenta siglos que discurrieron desde la caída del hombre hasta el nacimiento de Jesucristo; la tercera comenzó desde este nacimiento, y no ha concluido todavía. Al primer estado llamamos de inocencia, ó de naturaleza pura; al segundo, de naturaleza caída; al tercero, de naturaleza regenerada.

379. En el primer estado el hombre, poseedor de la inocencia, lo era también de la gracia, de la felicidad y de la gloria: sus relaciones con el Criador se conservaban en la más perfecta armonía; su entendimiento estaba inundado en las luces celestiales; su voluntad ocupada de los afectos más puros. Verdadero rei de la naturaleza, reinaba sobre sí mismo con la parte superior de su ser; reinaba sobre el universo con el poder supremo que le fué comunicado por el Criador. Vasallo del cielo y rei de la tierra, era igualmente feliz por los homenajes que recibía y por los que tributaba. Las luces clarísimas, los sentimientos puros, las acciones santas y todo lo que el hombre poseía, practicaba y ofrecía, debían ser una consecuencia precisa de su semejanza con Dios, durante la inocencia, y esto solo basta para comprender la excelencia de su naturaleza primitiva, la superioridad de sus conocimientos, la intensidad de su amor y la extensión de su felicidad.

380. Rápido y fugitivo por desgracia fué para el hombre este periodo de felicidad. Los vestigios del Paraíso, profundamente hundidos bajo las inmensas moles de la culpa, quedaron en la clase de misteriosos y bellos recuerdos que más de una vez han hecho suspirar al genio de la poesía. Poseerlo todo y poseerlo sin límites, conocerlo todo y conocerlo sin sombras, gozarlo todo y gozarlo sin obstáculos; he aquí el voto funesto, el deplorable designio que arrebató al primer hombre, y con él á su posteridad inmen-

sa, la posesión angusta del Paraíso, los títulos de su ventura, el apoyo de sus esperanzas y su derecho á la felicidad. Prohibió Dios al hombre gustar de la fruta de un árbol del Paraíso; pero el demonio, zeloso de la felicidad que disfrutaba esta nueva criatura, puso asechanzas á su inocencia é hirió decisivamente la curiosidad de la muger: esta precipitó á nuestro primer padre: consideraron ambos este árbol como el de la ciencia del bien y del mal, creyeron igualarse á Dios comiendo el fruto vedado; y obrando en consecuencia de esos designios, violaron la prohibición única que les había puesto su Criador, y no conquistaron otra ciencia que el desengaño funesto de su crimen, ni adquirieron otro sentimiento que el de esa pérdida inmensa que les arrebató súbitamente la felicidad y la esperanza (1). He aquí el pecado original y sus efectos.

381. A causas opuestas debieron seguirse efectos contrarios; y por lo mismo, si era una consecuencia precisa de la inocencia la fuente de luz y de poder de la naturaleza pura, la ignorancia y la impotencia debían ser por precisión un resultado neto de la naturaleza caída: si el hombre en el primer estado dominaba sobre el demonio por la gracia, sobre sí mismo por la caridad, y sobre todo el universo por su excelencia en la escala de los seres que habitaban el mundo; perdió su rango, su poder y su dominio con la inocencia, y quedó hecho esclavo del demonio por la culpa, víctima de sí mismo por sus pasiones, blanco del furor de los elementos y de la naturaleza toda por el dolor y por la muerte. Perdiendo las luces y perdiendo el poder con la gracia, perdió también la parte más noble de su semejanza con Dios, no tuvo más ciencia que su ignorancia propia, ni otro poder que su debilidad; é incapaz por lo mismo de ponerse á cubierto de los errores y guarecerse de los vicios, no discurría una sola fracción del tiempo sin que se aumen-

(1) Gen. cap. II. vv. 16. y 17. cap. III.

tasen prodigiosamente la ignorancia, los errores y los crímenes, y por esto se ha dicho con tanta verdad, que el mundo moral estuvo por espacio de cuarenta siglos envuelto en las *tinieblas* de la ignorancia y del error, *sentado á las sombras de la muerte* (1). En semejante estado, la ignorancia, el error, los males y la miseria eran todo; la luz, la sabiduría, las virtudes y la felicidad eran nada.

382. ¿Cómo salir de este estado? No había mas que un medio; el de restablecer las relaciones cortadas con la Divinidad. ¿Cómo restablecer estas relaciones? Con la reaparición del principio único que podía sostenerlas, esto es, de la inocencia. ¿Cómo reconquistar la inocencia? Con la extinción del pecado. ¿Cómo extinguir el pecado? Con una satisfacción debida. ¿Y estaba esto en las manos del hombre? No hai perdón sin penitencia, ni penitencia sin expiación, ni expiación admisible sin una igualdad proporcional á la ofensa que se hace. Esta ofensa era infinita: debía ser la expiación; pero el hombre, que todo lo podía en la línea del mal, y nada en la del bien, era incapaz de acudir al remedio de sus males, restableciendo por su propia virtud unas relaciones que no podían ser obsequiadas sin la inocencia. He aquí la necesidad imperiosa de un recurso divino y el objeto de una promesa que tuvo su principio inmediatamente despues de la culpa, y su cumplimiento feliz con la Encarnación del Divino Verbo. Jesucristo nace; disipa las tinieblas con su predicación; regenera la voluntad con su gracia; borra la culpa con su sacrificio; y este grande acontecimiento dibuja sobre el mundo moral el iris bello de la nueva alianza, cambia la condición del hombre y la suerte del género humano. Dios y hombre verdadero, Jesucristo estrecha íntimamente á la Divinidad con la humanidad; y esto basta para suministrar al hombre una víctima humana capaz de producir el efecto grandioso de una reparación infinita.

(1) Cant. de Zac. Luc. cap. I, v. 79.

383. Aquí comienza la tercera época del mundo. Se ha llamado época de plenitud, porque todo quedó consumado con el grande acontecimiento que la caracteriza. Plenitud en el orden de la fé, que desarrolla todos los dogmas y todas las verdades: plenitud en el orden de la esperanza, que borra la antigua ofensa, cria recursos inmensos contra el pecado, reconquista el derecho perdido á la felicidad, y nos proporciona cuanto es necesario para merecerla y para conseguirla: plenitud en el orden de la caridad, que restablece las relaciones para con Dios y las estrecha con vínculos tan íntimos, como Jesucristo, en quien están unidas la Divinidad con la humanidad; que ha hecho brotar las virtudes como la yerba de los campos y realizado en las almas fieles el bello ideal del amor puro, ese heroísmo de sentimientos divinos, que no pertenecen á la tierra.

384. Estas reflexiones, que no giran por la esfera de las abstracciones metafísicas, sino que están apoyadas en la historia de diez y ocho siglos, bien claramente nos manifiestan, que Jesucristo, en quien está la plenitud, la gracia y la consumación, es al mismo tiempo el vínculo de nuestra fé, el fundamento de nuestra esperanza, el principio de nuestra caridad, y por consiguiente, el puerto de nuestra salud y el centro de nuestro culto. Veamos pues ahora el culto divino bajo este segundo aspecto, considerando á Jesucristo como objeto de nuestra fé, de nuestra esperanza y de nuestra caridad.

CAPÍTULO V.

DE JESUCRISTO COMO OBJETO DE NUESTRA FÉ.

385. Jesucristo, viniendo al mundo para regenerarle, para redimirle, para sostenerle contra el pecado, para restablecer, conservar y llevar á una feliz consumación las re-

laciones primitivas de Dios con la especie humana, alteradas é interrumpidas por el pecado original, y extinguidas casi del todo por cuarenta siglos de tinieblas, de errores y de crímenes, abrió una nueva y vasta carrera de acontecimientos, en que las doctrinas, los ejemplos y las instituciones, cambiando el aspecto del mundo, entraron en un órden histórico y dogmático, cuya revolucion en el órden de los tiempos, comenzó con la Encarnacion del Divino Verbo, y no deberá concluir sino cuando este Verbo encarnado, volviendo á la tierra y reanimando las generaciones que duerman en el polvo, y haciendo caer sobre todas un fallo definitivo é irrevocable, fije para siempre los destinos de la humanidad, haga descender á un eterno castigo la inmensa multitud de los malvados, y reuna á su cuerpo escogido para llevarle á la gloriosa participacion de su reino y de su gloria.

386. Todos los dogmas, todos los misterios, todas las leyes encerradas en los límites de este órden establecido por Jesucristo, constituyen los grandes objetos de nuestra fé, considerada como parte del culto especialísimo que debemos al Verbo encarnado. Mas á fin de clasificar estos dogmas de la manera mas á propósito para entender y conservar su esencial é importante filiacion, conviene recordar que todos ellos están subordinados, como á su origen y principio fundamental, á un hecho primitivo, del cual empiezan todos á derivarse en el mas íntimo encadenamiento: este primer hecho es la Encarnacion del Verbo Divino. Aquí descubrimos una serie de dogmas y misterios, que con independencia de todo lo subsecuente, caracterizan y circunscriben el grande hecho á que se refieren: aquí comprendemos lo que es verdaderamente Jesucristo, su generacion eterna como Verbo, su generacion temporal de María como hombre, la perfeccion distinta y completa de sus dos naturalezas, la union hipostática de ellas en sola una persona, la extension física, intelectual y moral del poder que

ejerce esta persona, y en suma, cuanto es necesario para entender los dogmas y descubrir las relaciones divinas que han de tener, ya entre sí, ya con respecto á Dios y los hombres, los dogmas, los misterios y los acontecimientos que se habian de realizar despues en la serie de los tiempos.

387. Lo segundo que debemos recordar es, que la Encarnacion del Verbo Divino se dirige á un objeto inmediato, tiende á un último fin y encierra por tanto los medios necesarios para la consecucion de este objeto y la realizacion de este último fin. El objeto de la encarnacion fué la redencion del género humano; su fin el conquistar para los hombres la bienaventuranza que perdieron por su pecado; sus medios, enteramente análogos al objeto y al fin, están contenidos todos en la gracia que nos regenera, que nos sostiene y que nos salva. Cada una de estas tres cosas contiene sus dogmas y sus misterios, que considerados en órden á nuestro entendimiento, constituyen otros tantos objetos de nuestra fé con relacion á Jesucristo.

388. La redencion del género humano supone una satisfaccion debida, y por tanto, un sacrificio pleno y competente para desarmar la justicia de Dios. En el órden de los posibles, este sacrificio pudo haberse verificado de mil maneras imaginables; en el órden de los hechos, no se verificó de otro modo que por la pasion y muerte de Jesucristo. Esta redencion debia tener sus causas, debia contar con sus medios, debia producir sus efectos. Considerado pues en sus causas, debemos creer, que sin ella el género humano no podia librarse de la muerte, supuesta la condigna satisfaccion que Dios exigia; que con ella reconquistaba sus esperanzas; que este feliz recobro era un efecto de la misericordia divina. Hablando de los medios, debemos creer, que el hombre no hubiera podido satisfacer á Dios por sí mismo ni por la influencia de otra criatura; que Dios ni podia quedar satisfecho sin sacrificio, ni hacer sacrificio alguno en su propia Divinidad; pero que podia for-

marse una víctima digna, cuyo sacrificio pudiera elevarse hasta el rango de la Divinidad; que esto se verificó precisamente por la Encarnacion, y que esta por lo mismo era un medio indispensable, suficiente y eficaz para que fuese consumada la grande obra de nuestra redencion. Hablando de sus efectos, debemos creer que Jesucristo adquirió la libertad del género humano con su sacrificio, y pudo desde luego entrar en la posesion del nuevo reino que habia conquistado con su sangre. Estas consideraciones nos dan á entender el *por qué* de los dogmas que encierra el hecho de la redencion, esto es, la pasion de Jesucristo, su muerte, su mansion en el sepulcro, su descenso á los infiernos, su gloriosa resurreccion, su ascencion á los cielos y su lugar á la diestra del Padre.

389. Aunque Jesucristo hubiera podido tocar de tal modo el fin de su encarnacion con solo el sacrificio sangriento de su santa humanidad que nada tuviese de hacer el hombre de su parte para conquistar la bienaventuranza, no lo quiso así, sino al contrario, dando á las acciones de este con aquel sacrificio un mérito que de otra suerte no habrían podido tener á los ojos de la Divinidad, quiso que el hombre, cuya libertad quedaba intacta en sus manos y expuesta por tanto al abuso, avasallara sus pasiones, practicase las virtudes y conquistase con ellas la felicidad. Para conseguir esto, Jesucristo trajo al mundo la fé, la esperanza y la caridad; pero el hombre habria perdido la primera, desnaturalizado la segunda y extinguido la tercera, si quedándose en el mundo sujeto á los asaltos de sus enemigos, no contara, para librarse de ellos, con mas recursos que su propia naturaleza. He aquí por qué Jesucristo añadió á su sacrificio un depósito infinito de medios y recursos sobrenaturales, para que la fé, la esperanza y la caridad no desapareciesen de la tierra. Para esto necesitaba crear una institucion permanente, santificarla en su formacion, sostenerla por todos los siglos, combinarla de una manera

divina, para que no se agotasen jamas entre los hombres los recursos y los merecimientos. Con este fin destinó á sus Apóstoles para que abrieran una sucesion espiritual en la cual residiese su poder, envió sobre ellos á su Espíritu Santo, constituyó una nueva sociedad, estableció entre sus miembros una comunicacion recíproca y universal de socorros y merecimientos, y por último, dejó á sus ministros el poder de regenerar al hombre, muerto por el pecado. He aquí unas reflexiones históricas que explican suficientemente los siguientes artículos de nuestro Símbolo, esto es, la venida del Espíritu Santo, la Iglesia Católica, la comunión de los santos y el perdón de los pecados.

390. Para concluir debemos reflexionar, que el último fin y consumacion de esta gran serie de misterios y de acontecimientos que se refieren á Jesucristo, supone un acontecimiento final en que todo tendrá su desenlace y consumacion. Estos acontecimientos encierran los últimos dogmas de nuestra fé, los datos definitivos de nuestra esperanza y aquellos vínculos de caridad que no están expuestos á los fatales abusos de la libertad y las pasiones, ni colocados tampoco bajo el imperio funesto del tiempo y de la muerte. El teatro de un juicio que á todos los comprenda, y de un juicio celebrado por Aquel que habiendo distribuido los dones y las gracias debe pedir la razon final de su empleo, de su desprecio ó de su abuso; un estado final, definitivo y eterno, correspondiente al pueblo de los escogidos y al pueblo de los réprobos: he aquí las últimas consecuencias prácticas que vienen á colocarse bajo la mirada comun de la razon y de la fé, en el gran cuerpo de los misterios y de los dogmas relativos á Jesucristo. Estas reflexiones, bastante naturales por otra parte, preparan, pues, la inteligencia, para comprender los hechos futuros que han de llenar las últimas páginas de la historia de Jesucristo en el orden de los tiempos, y claramente nos descubren lo que debemos creer, cuando se nos anuncia la segunda venida de Jesucristo, la

resurreccion de la carne, el objeto de una y otra, ó sea el juicio universal, y por último, el resultado de este juicio, ó sea la vida ó la muerte eterna.

CAPÍTULO VI.

JESUCRISTO COMO OBJETO DE NUESTRA ESPERANZA.

391. Los mismos dogmas que acabamos de recorrer sumariamente, nos presentan á Jesucristo como verdadero mediador entre Dios y los hombres; y como un mediador que habiendo consumado su mision reconquistó para la humanidad íntegramente aquellos títulos que se perdieron en el Paraiso en consecuencia del pecado. Si pues la esperanza nace y se robustece y consolida en consecuencia de los datos en que puede cifrarse el juicio de que adquiriremos la eterna felicidad, Jesucristo es objeto de nuestra esperanza; porque la realizacion de estos datos y la seguridad que ellos nos inspiran, es precisamente la mira con que vino á la tierra, y lo que creemos y confesamos en los dogmas de Jesucristo. Estos, pues, con relacion á su objeto, engendran la esperanza en el hombre, y la educan, por explicarnos así, y le comunican un vigor progresivo y una firmeza incontrastable.

CAPÍTULO VII.

JESUCRISTO COMO OBJETO DE LA CARIDAD.

392. El fin de la Encarnacion y de la redencion es restablecer las relaciones entre Dios y los hombres, perdidas por el pecado, por medio de un vínculo tan estrecho,

como el que Jesucristo nos presenta en la union hipostática de sus dos naturalezas. Este vínculo es la expresion omnipotente del grado mas sublime á que ha llegado el amor de Dios á los hombres. Colocado entre dos seres que mutuamente se repelian despues del pecado (1), Jesucristo movió de sus ejes dos mundos, por decirlo así, juntando el cielo con la tierra y estrechando á Dios con sus criaturas. Esta union íntima, llevada hasta aquel punto de perfeccion y de estabilidad en que ya nada puede prevalecer contra ella, es el fin último que en el orden de lo especulativo nos muestra los dogmas de nuestra fé, y que en el orden de lo práctico reconocemos y palpamos en los hechos que refieren estos dogmas, en la historia de nuestras esperanzas, en los grandes motivos de nuestros sentimientos y en la historia de la encarnacion del Verbo y de la redencion del género humano. He aquí, pues, cómo estos dogmas, considerados en su fin, presentan á Jesucristo, no solo como el objeto de nuestra fé y el fundamento único de nuestra esperanza, sino tambien como el blanco de nuestros sentimientos amorosos y el vínculo exclusivo de nuestra caridad.

CAPÍTULO VIII.

DEL CULTO DE LOS SANTOS.

393. Siempre que tengamos pues una certidumbre moral de que uno de aquellos que nos han precedido en la carrera de la vida, pertenece á ese dichoso número, tenemos la obligacion de reconocerle por santo, de creer en conse-

(1) Puede verse el desarrollo de esta idea en la obra de BONALD titulada: *Theorie du pouvoir politique et religieux, second. part., liv. IV, chap. II.*

encia, que debe ser venerado, y que no invocáremos estérilmente su intercesion: he aquí la fé. Debemos confiar en que ellos intercederán por nosotros, que no intercederán en vano, y que imitando su ejemplo, alcanzaremos la misma felicidad que ellos disfrutan: he aquí la esperanza. Debemos, por último, darles el primer lugar entre todos los miembros de la Iglesia en los sentimientos de nuestro corazón; amarlos, porque han amado á Dios; venerarlos, porque están con él; imitarlos en fin, porque su conducta es la que los constituye amigos del Señor: he aquí la caridad. Esta fé, esta esperanza, esta caridad relativamente á los santos, pero no terminada en ellos, sino en Dios, constituyen el culto de los santos, y bastan para comprender, que cuando les tributamos este culto, ni menoscabamos el que se debe á Dios, ni los consideramos como dioses, ni terminamos en ellos nuestras virtudes, ni colocamos en su naturaleza un solo atributo infinito; sino que tributamos á Dios los homenajes de nuestra fé, reconociendo la voz de su Iglesia en la designacion que hace de los santos, y la veneracion que exige respecto de ellos; ejercitamos nuestra esperanza en Dios moviendo su misericordia y su bondad en favor nuestro por la mediacion de los santos; y nos movemos mas y mas á cumplir su voluntad y obedecer su lei, alabándole por la gloria de sus escogidos é imitando el ejemplo de sus santos.



LIBRO TERCERO.

Del culto considerado con relacion al sugeto.

394. El hombre pende de Dios en todos los elementos constitutivos de su ser, pende de Dios en todas las situaciones diversas de su vida privada, pende de Dios no solo como individuo, sino tambien como miembro del género humano. Luego el culto es un deber que incumbe igualmente al individuo y á la sociedad. Reservando pues para cuando tratemos de ésta, designar los deberes que le incumben con respecto á la religion, nos limitaremos aquí á tratar de los que conciernen al individuo en su condicion privada.

395. En esta materia como en todas hai verdades capitales, siendo la principal en este caso que el hombre no puede vivir sin religion, ni dispensarse de inquirir la verdadera, ni sustraerse á una sola de sus prescripciones ó reglas. Veamos el fundamento de esta verdad en la prueba de la siguiente proposicion, que la comprende en todas sus partes.

PROPOSICION.

EL HOMBRE DEBE Á DIOS UN CULTO VERDADERO, PLENO Y UNIVERSAL.

396. Dios ha hecho todas las cosas por amor de sí mismo, dice la Escritura: la creacion pues trae consigo el deber del culto.

397. En cuanto á lo primero, el testimonio de la Santa Escritura cuenta igualmente con la evidencia de razon, porque esta nos demuestra lo que aquella dice. En efecto, que Dios ha hecho todas las cosas por amor de sí mismo es una consecuencia de hecho y de razon que nace de la re-